Del Oficio de la Memoria

* Juan Pablo Ferreiro

"Bajo la piel del lenguaje, estructurado en convenciones de todo tipo, pero siempre guardando una apariencia imparcial y exenta, la materia turbia de los comportamientos sólo estaba a la espera de quien simplemente la removiese y dividiese en sus partes constitutivas..." -José Saramago-

La idea central de este breve artículo es invitar a reflexionar sobre algunas cuestiones referidas al pasado, a la dimensión social de su construcción como memoria, y aludir, a manerade una "consecuencia académica", a un espacio de encuentro entre las perspectivas de la Antropología y la Historia[1].

Comenzaremos realizando algunas precisiones indispensables. La primera de ellas es a) reconocer que no existe LA VERDAD histórica, reificada, naturalizada e inconmovible, la cual es revelada por la investigación científica (que en este aspecto funciona casi como un ritual iniciático). En todo caso lo que sí existe, y aún hoy tiene cierta vigencia, es la noción positivista que instituye la separación entre un observador (el científico) y un observado (el sujeto histórico, el informante clave, etc.), y que, al establecer una relación unidireccional entre ambos (del observador al observado), cancela todo otro tipo de vínculo entre ambos. b) La segunda precisión que deseamos hacer es que los hechos sociales no son cosas; o al menos, no poseen las cualidades de las cosas. Los hechos históricos, al ser productos de la acción humana, están cargados de intencionalidad, de sentido, y ambos sólo son comprensibles en su contexto. Por otra parte, cada época posee sus propios horizontes de inteligibilidad; su sistema particular de organización de los hábitos y costumbres; lo que es decir sus propias reglas de juego, dentro de las cuales cobran un sentido definido las prácticas sociales. En consecuencia, estos eventos sólo son tales en la medida en la que están insertos en un marco económico, político y cultural que les otorga un valor dado. Sin embargo, y aquí entramos al tercer aspecto que deseamos mencionar[2]; c) los hechos históricos no sólo son productos de su época y su contexto, sino también de la mirada que los rescata para darles un lugar en un texto enmarcado en otra temporalidad, la del presente del investigador[3]. Tal perspectiva no es menos interesada que la anterior; aunque su marco referencial puede diferir en mucho de aquel contexto contemporáneo al suceso; tanto como difieren entre sí las respectivas épocas. d) El último punto a destacar es que no es suficiente conque algo haya ocurrido en algún lugar, e involucrado a un número dado de personas, para ser considerado como un hecho histórico.

Finalmente, last but not least, lo que marca el "tono" de todos los puntos ya referidos es la condición de "memoria" que posee la Historia. Esto es, la "Facultad de conservar las ideas anteriormente adquiridas (...) Reputación buena o mala que deja al morir una persona (...) Libro de apuntes..."[4]. Son estos aspectos los que nos interesan particularmente, ya que la historia trata tanto del cómo ocurrieron los hechos, cuanto de cómo nos han llegado a nosotros, que información se conservó, por cuales vías se transmitió, qué tipo de datos, etc. Es en esta condición de "memoria" que la Historia muestra su faz ideológica. La selección que implica el relato histórico es siempre realizada desde el presente, y organizada por los intereses que en él tienen vigencia.. No obstante, lejos de constituir esto una intromisión espúrea en el sagrado terreno de la Historia, se transforma en un acontecimiento consustancial a los hechos humanos, y en un recurso indispensable a la hora de establecer de qué manera se produjo tal o cual crónica histórica; esto es, de qué formas, y por cuales vías llegaron unos hechos ocurridos en algún punto del pasado a convertirse (a ser convertidos) en Historia.

En este sentido, la memoria siempre es política e ideológica (en un sentido amplio), esto es, un argumento sobre el poder en las relaciones humanas (aunque esto no sea explícito ni consciente). A través de ella se establecen los antecedentes necesarios que vinculan prácticas, hechos, ideas, etc., con individuos y/o grupos, y en consecuencia, con sus respectivos intereses. Allí encontramos parte de lo medular de la ideología histórica, en el orden, la organización de todos los hechos relatados constituyendo un relato coherente, creíble, convincente. Es esto lo que nos permite reconocer lo ideológico en la épica construida por la historiografía tradicional local. En este punto la Memoria funciona como "veladura" de la realidad, al oscurecer u ocultar las formas en que se "naturalizan" los sucesos históricos. Por ejemplo cuando se exponen, "los hechos tal y como fueron" no se está haciendo otra cosa que una construcción ideológica elaborada como recurso textual destinado a cumplir una labor pedagógica y, por lo tanto, política. Este es el terreno que transitan los relatos destinados a engrandecer un linaje (genealogías) o un personaje, e inclusive a justificar acciones pretéritas. Un claro ejemplo lo constituye la creación de uno de los mitos fundacionales de nuestra historia provincial: la muerte de Pedro Ortiz de Zárate. En numerosos textos referidos al Jujuy colonial se hace mención al "asesinato alevoso" del "mártir". Son particularmente notables las versiones del hecho que ofrecieron en su momento el Padre Lozano y Monseñor Vergara. En ambos casos se explica el asesinato del sacerdote a partir de su labor evangelizadora y de las "bárbaras" costumbres de los indios chaqueños. El argumento más fuerte que se esgrime, es la crueldad conque se trataron los restos del sacerdote. Ambos elementos sirven para transformarlo en apóstol y mártir de una etapa fundacional de la sociedad jujeña, como fue la segunda mitad del siglo XVII. Se lo transforma en EL ícono de ese período. No obstante, no se irá muy lejos en la comprensión de estos hechos si se ignora que previo a sus actividades sacerdotales Ortiz de Zárate había sido uno de los más poderosos encomenderos de la jurisdicción y un miembro fundamental de la élite local; y que, años antes de su asesinato había comenzado a actuar como negociador en un proceso de paz que se intentaba instituir entre los españoles y algunos grupos

chaqueños. Su muerte, lejos de explicarse por su labor apostólica, debe entenderse en realidad como un magnicidio político que intentó abortar el proceso de paz y quebrar el naciente frente de alianzas indígenas que fabricaban los españoles, y en consecuencia, frenar o demorar el avance de la frontera colonial hacia el Chaco. Algunas espeluznantes características del suceso "Desnudáronlos a todos, y les cortaron con gran presteza las cabezas, dejando troncos los cadáveres, y en cada uno clavado un dardo. Fuéronse a celebrar con las cabezas, como suelen, el triunfo y brindarse en el casco hasta caer embriagados, según el uso de aquellas naciones..." [5], son explicables sólo y únicamente en el contexto cultural y político en el que fueron producidos. Tal "ensañamiento" es mucho más que un simple "uso"; constituye en realidad, un claro mensaje de parte de los matadores, no ya para los españoles, sino para aquellos que podían comprenderlo en su más completo sentido: los aliados indígenas potenciales de éstos. Por otra parte, tales "barbaridades" no eran exclusivas de los grupos nativos, recordemos sino el descuartizamiento de Tupac Amaru durante el siglo siguiente a manos de la justicia colonial hispano-criolla. En tal sentido, vale la pena aquí recordar algo que dijo W. Benjamin: "No hay documento de civilización que no es, al mismo tiempo, un documento de barbarie, la barbarie también tiñe la manera en la que se lo transmite de un propietario a otro..."[6]

Pero no todo es un ejercicio textual desde el presente. La selección de la memoria si bien es determinada por los intereses del relator, es alimentada y condicionada por acontecimientos realizados en un pasado por personajes que pusieron en juego sus intereses, atravesaron y/o generaron conflictos, desataron pasiones, etc. Y nuestro acceso a esos órdenes de realidad pretéritos está mediado casi siempre, en el caso de la historia colonial, por un escriba. Esto es, aquel que no sólo cuenta con la pericia necesaria para hacerlo, sino que también ha sido habilitado socialmente, de alguna manera, no importa cual, para ejercer el siempre incierto oficio del relato histórico. El, o ellos, y sus circunstancias, nos enfrentan a la más turbia de las materias, ya que de todas las conductas practicadas por los hombres, de todos los hechos e ideas, de todos los sentimientos, de todas las experiencias y sensaciones que están disponibles en una época y en un lugar dados, y que desde ya señalamos que no son infinitas ni están a la disposición de todos, el escriba, el que nos convoca ante el pasado, ha practicado una cuidadosa, y no siempre ni necesariamente consciente, selección, a través del ejercicio para el cual ha sido habilitado, la práctica del lenguaje de la memoria . Este, ejercido como práctica cotidiana, como comunicación efectiva, establece un puente directo a los "horizontes de inteligibilidad" que mencionábamos antes; esto es, a aquello que hace que los comportamientos sean unos y no otros, que nos hace diferentes y parecidos; y , desde luego, al poder que permite, o exige, esa selección de la memoria. En suma, el poder del relato, que, siendo el de la cultura, siempre y en todos los casos es expresión de alguna otra forma de poder (social, político y económico). Desde luego, este poder produce ideología. Y esta ordena la vida social según las funciones que le caben a un individuo (recordemos los tres ordenes de la Edad Media, también presentes en alguna medida en América Colonial: los que guerrean, los que oran, los que laboran). De tal suerte que no cualquier comportamiento es válido, sino que existe un stock limitado de respuestas, determinado por la cultura. Tales reglas de juego organizan la vida, son un ethos, una serie de principios que guían las prácticas, las formas de conocimiento, los sentimientos, los valores normativos, etc. El Oficio de la Memoria consiste, entonces y además del descubrimiento de las condiciones de producción del relato histórico, también en el establecimiento del sentido y contextualización de los hechos históricos analizados, pero no ya conducidos por los principios e intereses del relator-investigador, sino enmarcado, contextualizado en su ámbito de pertenencia (p. Ej.: para el Jujuy del siglo XVII, ese ámbito serían el Barroco hispanoamericano, las sociedad del Antiguo Régimen, etc). Es a través de esos residuos de las actividades humanas que son los documentos de archivo, que podemos acceder al conocimiento, lento, fragmentario, laborioso de los intereses, sentidos y prácticas históricos a través de los cuales esas gentes desarrollaban sus vidas, y que nos permite "reanimarlos", para que a través de sus voces, o mejor dicho, de lo que nos han permitido conocer de ellas, podamos atisbar de que manera se construía el poder de un un señor de estancias, cómo eran las relaciones entre los sexos; cómo aquellas entre progenitores y descendencia; cómo recibían el nacimiento de un heredero; que significaban ante sus ojos sus sirvientes; qué pasiones los agitaban; qué sensaciones les provocaba el amor, el poder, la muerte?. Finalmente, la tarea sigue siendo la misma que indicara W. Benjamin hace ya muchos años: "capturar la memoria mientras relampaguea en un momento de peligro (...) El peligro afecta tanto al contenido de la tradición como a sus receptores. La misma amenaza pende sobre ambos: el de volverse un instrumento de las clases dominantes. En cada era debe renovarse el intento de arrebatarle al conformismo la tradición que trata de apropiarse. (...) Sólo el historiador que está firmemente convencido de que aún los muertos no se librarán del enemigo si este gana, tendrá el don de reconocer la chispa de esperanza en el pasado. Y el enemigo no ha dejado de ser victorioso."[7]

Publicado en revista Cultural El Duende (San Salvador de Jujuy)

---

[*] Antropólogo, dedicado desde hace algunos años al estudio de las élites y los mecanismos del poder en las estructuras familiares coloniales de Jujuy.

[1] Desde luego, es imprescindible notar que la mayoría de los temas que aquí tocamos ya han sido debatido in extenso, de manera académica por autores del prestigio de Marc Augé, Georges Duby, Jacques Le Goff, Robert Darnton, Giovanni Levi, E. Le Roi Ladurie y Renato Rosaldo entre otros.

[2]Lejos de pretender originalidad, reconocemos la deuda que estas reflexiones tienen con la escuela histórica alemana en general y con las nuevas perspectivas desarrolladas por la Antropología Histórica francesa y la microhistoria, tal como la plantean, p. ej. Guinzburg y Levi. En cuanto al planteo de este punto en particular, su inspiración en la obra Max Weber es obvia.

[3]Este planteo remite al postulado clásico de que "toda historia es historia del presente"

[4]Diccionario Larousse Ilustrado, 1993, voz: MEMORIA

[5]Lozano, Pedro, Descripción Chorográfica del Chaco Gualamba, 1989, U.N.T., Pp. 247

[6] Benjamin, Walter, "Tesis sobre la filosofía de la Historia", Decursos, Revista de Ciencias Sociales, año I, nº I, abril 1995, UMSS, Cochabamba, pag. 30

[7]Benjamin, Walter, Op. Cit., Pag. 29